



titulará, probablemente, «Hay siete pecados».

Con José Carlos de Luna tengo terminada una comedia en verso, con ilustraciones musicales folklóricas, que se titula «Las viejas ricas». Evoca los carnavales gaditanos de fines del pasado siglo. Rumiamos otras cosas para María Fernanda Ladrón de Guevara, para Elvira Noriega y otros.

—¿...?  
—Mi opinión sobre el momento actual del teatro en España es francamente optimista. Tiene que ser así, porque así es mi opinión sobre España y su futuro; y no hay en una nación hora grande sin que encuentre, como expresión, un buen teatro.

En un terreno más concreto, creo positivamente en la influencia depuradora que han tenido, como estímulo y acicate, los dos teatros nacionales, la mayor exigencia de la crítica, la intransigencia irrespetuosa de la juventud. Cosas todas incómodas, pero saludables, como todo rigor. Creo que empiezan a notarse ya depuraciones en el público, escrupulos en los autores, enmendadas en las compañías, que—aunque quede mucho que andar—son ya síntomas de segura cosecha.

La tendencia y sentido en que se polariza toda esta depuración y reforma, creo que podría resumirse diciendo que marchamos, como en todo, hacia un nuevo «rigor clásico». La obsesión de la crítica se dirige, cada día más, a cazar «el melodrama», descubrir implacablemente el truco, limpiar el teatro de todo lo que es demasiao teatral. A veces piensa uno si esto no será como acusar a una primavera, por sobrecargada de olores y colores, de abusivamente primaveral. Piensa uno si gran parte de esas teatralerías o melodramas—golpes, efectos, coincidencias—que ahora a menudo se denuncian, no podrían denunciarse en todo el teatro de Shakespeare, Lope o Calderón.

Sin embargo, me obstino en que ese rigor es saludable. La parte que es en el teatro armazón e ilusionismo, se usa y desgasta, y hay que buscar nuevos modos de ilusión. La lucha de la crítica en esta hora se parece un poco a la de los neoclásicos del siglo XVIII, frente a la teatralería de los Comediantes, que usaban en definitiva, sino que desgastado por el uso, la misma técnica de Calderón. De aquello salió Moratín. Y de Moratín salió la comedia moderna...

La empresa es difícil, como lo es siempre toda la empresa de depuración clásica en esta España, que es, esencialmente, barroca y romántica. Pero no olvidemos que cuando la pintura amenazaba perderse en extravíos y delirios impresionistas, hubo que lanzar como consigna «la vuelta a Ingres». Acaso sea ésta, un poco, la hora de «la vuelta a Moratín». Claro que entendiéndolo esto, no en su contenido, sino como vuelta al rigor del diseño, a la pureza de expresión, a la castidad y ascetismo de técnica. El teatro es género literario. Hay que volver a escribir bien, para, luego, escribir buen teatro... Que en cuanto a fantasía, pasión y situaciones, para henchir luego de vida ese nuevo clasicismo, no hay que tener temor. De todo ello somos millonarios los españoles... Y de todo ello triunfará en abundancia la España futura, que soñamos robusta y moza.

José M. Pemán

Enrique Jardiel Poncela



Nació en Madrid el 15 de octubre de 1901.

Estrenó su primera obra en 18 de junio de 1919.

Tiene estrenadas treinta y dos obras.

—¿...?  
—En la Imprenta, y próximo a aparecer, tengo un volumen de teatro, el V tomo de mi colección teatral, editado por «Biblioteca Nueva», titulado «Una letra protestada y dos letras a la vista», y en el cual se incluyen las comedias «Eloísa está debajo de un almendro», «El amor sólo dura 2.000 metros» y «Los ladrones somos gente honrada», acompañadas de la «historia» de cada una de ellas. Estoy concluyendo, para que se publique a continuación el VI tomo de teatro, que se titulará «Tres proyectiles del 42», y que comprenderá las comedias, estrenadas en 1942: «Madre (el drama padre)», «Es peligroso asomarse al exterior» y «Los habitantes de la casa deshabitada», igualmente precedidas de la «historia» de cada una de ellas. El mes próximo escribiré una nueva comedia: «El sexo débil ha hecho gimnasia», destinada ya a ser estrenada por la compañía propia que voy a constituir, la cual comenzará su actuación en Barcelona, en el teatro Urquiza, el 17 de septiembre próximo, y con la que me propongo realizar una temporada de seis meses en el Cómico de Buenos Aires, llevando como empresario a Juan Reforzo.

—¿...?  
—Justamente la contraria a la sustentada por la crítica, haciendo excepción de Alfredo Marquetti, «El Teñido Arrunite», Igoa y Fernández de Córdoba, firmas que suelen suscribir pareceres sagaces, inteligentes y comprobables.

Creo, en primer lugar, que lo que producen hoy algunos autores, fustigados por la crítica, es superior a lo que produjeron otros autores que ya no estrenan y a los que esa crítica elogia ahora, precisamente por ello: porque ya no estrenan, pues cuando estrenaban no los dejó respirar.

Creo, por tanto, que no existe hoy en el teatro mayor crisis de ingenio que la que ya existía en 1918, y en 1900, y en 1850 y en 1720, y en 1616, pues en todas esas fechas se ha hablado de crisis de ingenio en el teatro.

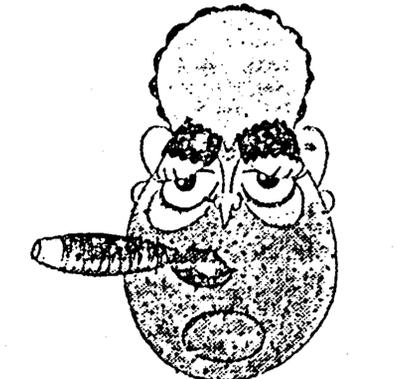
Creo igualmente que en la actualidad cuenta España con excelentes autores y con excelentes intérpretes. Y creo, asimismo, que constantemente surgen—y que seguirán surgiendo—autores nuevos e intérpretes nuevos, porque como dijo el romántico francés, que por cierto no era crítico: «...la Nature n'a pas epulsé son trésor et il nous reste bien de poètes encore.»

Y creo, en fin, que en el estado actual del teatro todo es lo mejor que puede ser. Todo menos esos críticos. Pues autores, actores, empresarios, escenógrafos y tramoyistas son afirmativos, y cumplen en la medida de sus fuerzas con su tarea de mantener el teatro en pie; y sólo esos críticos en cuestión son negativos y parecen resueltos a derribarlo, muchas veces con sus elogios sin causa, muchas otras veces con sus diatribas injustas y siempre con un pre-apasionamiento que excluye toda atmósfera de ponderación, de verdadero análisis y de equidad.

El teatro actual, en resumen, se me antoja algo así como una nación, un poco extenuada por un gigantesco esfuerzo que luchara y trabajara por subsistir, y los aludidos críticos, su «quinta columna».

J. Jardiel Poncela

Adolfo Torrado



Nació en La Coruña el 11 de mayo de 1904.

Estrenó por primera vez también en La Coruña, la comedia titulada «Cruc». Después estrenó en Madrid, siendo sus primeros éxitos «Los hijos de la noche» y «La púrpura», ambas en colaboración. Más tarde, y durante la guerra, escribió «La madre guapa», «El famoso Carballiño», etc., y en los años de la paz, «Mosquita en Palacio», «Un caradura», «Chiruca» y «La duquesa Chiruca».

—¿...?  
—Preparo varias comedias para tres primeras actrices, de tan distinto estilo las tres, que casi puedo asegurar que llevo el trabajo paralelo sin estorbarse una labor a la otra. Me encanta trabajar a la vez en dos o tres asuntos muy distintos, pues de ese modo tengo siempre tarea apropiada a mi estado de ánimo en aquel momento. ¿Estoy alegre?: labor cónica. ¿Estoy triste?: el melodrama.

—¿...?  
—Mi opinión sobre el estado actual del teatro es muy optimista. Creo que ya tienen su sitio los dos puntales medulares del teatro en España: la gran comedia, elevada, culta, para pensar, estudiar y admirar, y la otra comedia que existió siempre y cumple su amable misión de distraer, alegrar y captar la onda popular grande. Tienen sus puestos marcados el teatro de calidad y el teatro de batalla. Tal vez los autores del buen teatro desdeseen este otro tipo de obras intrascendentes, panchacheras y huérfas. Y tal vez, también los autores de estas comedias, o algunos de ellos, no quieran perder el hilo de su éxito iniciado al calor del teatro sin pretensiones. Cada cual tiene su misión y debe tener diferente clima para el crítico. Eso es lo importante, que sepan, quiénes nos juzgan, cómo, cuándo y por qué cubrimos nuestros objetivos y colimamos nuestras ambiciones.

Adolfo Torrado

Horacio Ruiz de la Fuente



Nació en La Coruña el 10 de diciembre de 1904.

Su primer estreno fue también en La Coruña en diciembre de 1940.

Lleva estrenadas cuatro obras: «El jardín secreto», «El rescate», «La loba blanca» y «El infierno frío».

—¿...?  
—Nada.

—¿Por qué?  
—Porque estoy convaleciente de eso que se llama el triunfo. Y preciso reponerme para el trabajo que me espera, pues son varios los encargos que tengo que cumplir y quiero hacerlo, naturalmente, con muchísimo cuidado, pues sé de algunas escopetas cargadas, y a la espera de este humilde gazupe que soy yo; no obstante, esta seguridad, confío en la velocidad de mi carrera y hasta el plomo será un accidente más. No temo al cazador con su honrada escopeta a punto; temo al que pueda utilizar el hurón y la redcecilla de suco.

—¿...?  
—Desoladora. Y no por falta de autores, como se pregona a los cuatro vientos: más bien por su abundancia. Y también por el exceso de actores eminentes... en las gacetas. Y por el abuso comercial de los objetivos... ¡Oh, una comisión de tasas para el objetivo! Y, en fin, por... ¡Bah, muchas cosas, excéntricas cosas! Mi humilde opinión puede resumirse así:  
—Etcétera, etcétera, etcétera.  
Y para concretarla más:  
—Etcétera!

Ruiz de la Fuente

Samuel Ros

Nació en Valencia el 9 de abril de 1905. Estrenó su primera comedia en el año 1938.

Tiene estrenadas cinco obras.

—¿...?  
—Preparo tres comedias, comprometidas, sin títulos todavía.

—¿...?  
—El estado actual del teatro es magnífico por la misma razón de su deplorable decadencia. Está en las últimas para estas



en las primeras. Los autores sólo tienen que esperar a que arquitectos y capitalistas les ofrezcan escenarios y negocios actuales, en lugar de los anacrónicos que se explotan. Entonces se nutrirá el Teatro de todo lo que hoy le falta: escritores importantes desearán escribir Teatro, gentes interesantes apeteecerán representarlo, y el público que hoy se niega creyéndose superior a lo que contempla, asistirá en actitud admirativa y alentadora.

Samuel Ros

Joaquín Calvo Sotelo



Nació en La Coruña en 1905. Estrenó su primera comedia en 1930, con la compañía de María Paláu. Su título era: «A la Tierra: kilómetros 500.000».

Sucesivamente ha estrenado «El rebelde», «El alba sin luz» (esta en Buenos Aires), «La vida inmóvil» (Premio Piquer 1938), «El contable de estrellas», en colaboración con Miguel Mihura, y «Cuando llegue la noche».

—¿...?  
—Actualmente preparo tres comedias: una, titulada «El jugador de su vida». Otra, sin título aún, que será el segundo estreno de la próxima temporada en la Comedia, con Elvira Noriega. La tercera es un cuento burlesco, escenificado; una versión poética y humorística de una vieja leyenda. Esos son mis telares.

—¿...?  
—Creo que hoy está el ánimo de las gentes predispuesto como nunca para escuchar teatro. La guerra no sólo desventró viviendas, monumentos y obras de arte; desventró también auditorios. Habría que crear una Dirección General de Auditorios Devastados. A pesar de la existencia de un público bien dispuesto, que está por añadidura, a dos pasos de rechar a mano airada cuanto no reúna determinadas calidades, soy pesimista sobre el futuro inmediato del teatro español. Falta un equipo de escritores zapadores, que con un sentido de misión, desfonden, renueven y creen nuestra escena... Yo conozco nombres esperanzadores. Algunos, sin embargo, en los que se debe confiar, se están indolentemente, sin emplearse a fondo. Quiero que conste, ante la lirica, la novelería y el enajenamiento que el escribir teatro a tono con nuestro tiempo es hoy la más difícil y urgente empresa literaria. Si la acometiera—y al piecillo así respondo a su pregunta—, sería por sentirme inferior a esas dificultades e incapaz de vencerlas. Al comenzar una lucha, nunca se sabe de quién será la victoria: si de la voz o del silencio.

Joaquín Calvo Sotelo

Emiliano Aguado



Nació el 29 de junio de 1907 en la provincia de Toledo. Tiene tres obras teatrales, «A la

sombra de la muerte», «Horos lentos de invierno» y «El adivino», que se publicaron hace algunos meses.

—¿...?  
—Preparo una nueva obra que terminará este verano.

—¿...?  
—Me parece que la situación por que pasa el Teatro se halla condicionada por el imperio despótico de la muchedumbre y por este ritmo vertiginoso en que estamos forzados a vivir. El que de veras pretenda hacer algo noble en los dominios del Teatro tiene que aprender primero a esperar. Que prepare sus obras con sosiego, que las escriba con pureza de intención y que no se impacienta cuando vea lo que se hace y lo que logra el triunfo en la opinión y en la taquilla. Porque a quienes no se propongan más que ganar fama y dinero, cabe decirles lo que a un hombre que nos confiesa su decisión de enriquecerse. Son propósitos licitos, pero incapaces de interesar a otro hombre en su aventura.

Emiliano Aguado

Román Escotado Jiménez

Nació en San Lorenzo de El Escorial, el 6 de octubre de 1908.

Su primero y único estreno no realizó en el María Guerrero, de Madrid, el 20 de mayo de 1940. Era una comedia, y se titulaba «La respetable primavera». Tenía tres actos.

—¿...?  
—Locos cosas, a pesar de que mi vocación más sincera es el teatro. Lo difícil no es escribir una comedia buena, sino estrenarla, y estrenarla bien. Y la vida no le deja a uno perder tiempo y dinero haciendo comedias para que «cacasos» se estrenen... De todos modos, actualmente,



además de algunas cosas empezadas hace tiempo y que todavía esperan su «telón» final, escribo con alguna ilusión dos obras: una comedia alegre que Jardiel Poncela ha tenido la ternura de pedirme y que se llamará «El corsé», y otra, dramática, de mucha ambición, aún sin título, hecha en colaboración con Samuel Ros.

—¿...?  
—...Bueno... pues, sí; excelente. Excelente.

Román Escotado Jiménez